

## LA SORPRESA

(Personaje: **LUCAS**, de unos cuarenta años.)

**LUCAS-** *(Saca una llave del bolsillo, abre con sigilo una puerta, y entra. En un susurro.)* ¿Hay alguien? *(Para sí.)* ¿Quién va a haber a las tres de la mañana? Además de momento sólo tengo yo la llave, y la copia que he hecho para su hermana también la llevo yo. Y ésta es mi casa. O lo va a ser en cuanto abran el testamento. *(Risueño.)* ¡Habrás que ver la cara que se les pone...! Bueno, ¡vamos! *(Desanimado.)* Aunque, después de lo que ha pasado, me da repelús andar revolviendo sus cosas... Pero no queda más remedio. ¿Cómo se le ocurriría a Marta comprarme algo por mi cumpleaños, cuando habíamos terminado? Eso le dije, y me soltó que había tenido el presentimiento de que íbamos a hacer las paces. La pobre se empeñaba en seguir con lo nuestro. Y más desde que supo que estaba preñada. Era como el burro que sigue la linde, que la linde se acaba y el burro sigue. Por eso ha montado el ritual de todos los años: mandarme a buscar el regalo de un lado a otro de la casa por medio de notitas. Cuando antes de ayer, estando tan tranquilos en el campo, me anunció que a la vuelta a Madrid me esperaba una sorpresa, y me largó un papel con la primera pista, se me pusieron los pelos de punta. Y es que el dichoso papelito significa que hay otros dispersos por la casa, y quizá haya escrito en ellos algo que me comprometa. Vamos, que di mi plan por perdido. Claro que luego pensé que nadie sabía que nos habíamos ido juntos el fin de semana, porque, cuando le propuse el viajecito de reconciliación, le quité el móvil con la excusa de que no nos molestaran. Y su hermana creía que seguíamos enfadados. Por eso ha estado tan fría conmigo, porque me echa a mí la culpa de su suicidio. Pero ya lo dijo el psiquiatra en su día, que Marta estaba muy deprimida. Y la atiborró a pastillas. De todos modos, puede que registren la casa, y con la policía, cuanto menos trato, mejor. Aun siendo inocente... Al fin y al cabo, iba a tener un hijo mío y yo no lo quería. En fin, ¡manos a la obra! El papel que me dio decía que mirara en el tercer cajón del aparador. *(Va a un mueble.)* El tercer cajón... *(Lo abre, y saca un papel. Lo desdobla y lee.)* “Iba a pasar de tu cumpleaños, por lo mal que te portas conmigo.” *(Irritado.)* ¿Mal yo? ¿Y tú, con tus celos y tus morros hasta los pies? Yo no he

hecho más que darte unas cuantas collejas y ponerte los cuernos de vez en cuando... Bueno, y luego lo último, pero de eso tú no sabías nada cuando escribiste esto... (Lee.) "...aunque al final te tengo una sorpresa. Para encontrarla debes buscar detrás de un cuadro." ¿Con todos los que hay? ¡Me van a dar las uvas, Marta, chica! (Levanta dos o tres cuadros colgados en la pared, y los mira por detrás.) ¡Menos mal! ¡Aquí está! (Arranca otro papel doblado.) A ver qué dice... (Lo lee.) "Me huelo lo que te traes entre manos..." (Alarmado.) ¿Se lo olía? ¿Qué será lo que se olía? (Respira hondo.) Claro que no puede ser eso porque, si se lo hubiera oído, no se habría venido de viaje conmigo... "Lo que te traes entre manos" debe de referirse a lo mío con Blanca... (Lee.) "...aunque no puedo demostrarlo..." (Triunfante.) ¡Claro que no puedes demostrarlo! Ni lo de Blanca ni lo otro, porque ya puse buen cuidado en que la casa rural la apalabraras tú y a mí no me viera nadie por allí. Cuando te diste el atracón de sedantes yo estaba en Madrid a todos los efectos. Y la culpa la tuviste tú, por empeñarte en ir al notario y dejarme el piso en herencia. A mí y al hijo que esperabas, pero como contigo se acabó también el hijo... Pretendías retenerme así a tu lado, pero si no me hubieras enseñado el testamento recién firmado, nunca se me hubiera ocurrido hacer lo que hice. Y es que entre una vida en familia contigo y librarme de ti, quedándome con tu casa, no hay color. Tendrías que haberte dado cuenta. (Sigue leyendo.) "Ahora mira bajo el faldón de la mesa camilla..." (Da un paso, se agacha y levanta un faldón. Aliviado.) ¡Por fin! ¡Aquí está el regalo! (Se levanta, con un paquetito que lleva un papel doblado encima. Enfadado.) ¡Y encima me has comprado un libro, Marta, chica! (Despliega el papel.) Por lo menos ésta es la última notita... Con suerte, pillo un taxi pronto y a las cinco ya estoy en la cama... Aunque será mejor que vuelva andando, no vaya a ser que esto se complique y después el taxista se acuerde de mí... (Lee el papel.) "Y ésta es mi sorpresa. El paquete contiene las pruebas de lo que voy a confesarte. Y es que nunca he estado embarazada. Me lo inventé creyendo que así me harías más caso, y luego, al ver que te sentaba como un tiro, mantuve el engaño sólo para fastidiarte..." (Enfadado.) ¡Qué hija de puta! (Lee.) "Tampoco lo del testamento es verdad. Yo misma lo escribí y le puse el sello de la droguería donde trabajo..." (Pasmado.) Pero ¡si yo vi el sello de una notaría...! (Lee.) "Aproveché que el dueño se apellida "Notario", y tapé la palabra "Droguería" con la firma. No sé cómo no te diste cuenta..." ¡Es verdad! ¡Droguería "Notario"! ¡Ya ni me acordaba! (Indignado.) ¡Esto sí que es una cabronada! (Lee.) "De todos modos, no habría sido válido hasta mi muerte, y eso va para largo, porque has de saber que las pastillas que me echaste en el gazpacho para envenenarme no eran los tranquilizantes que me mandó el psiquiatra. En realidad las habíamos fabricado mi hermana y yo con azúcar glasé y luego

las doramos con yema de huevo. Daban el pego, aunque no veas las náuseas que pasé con la mezcla del dulce y todo el ajo que le habías puesto tú al gazpacho para disimular el sabor de los sedantes. Menos mal que espero no tomar más: tengo el presentimiento de que a partir de ahora se acabó mi depresión. Y todo se lo debo a mi hermana, que ha sido el cerebro de esta trampa. También es ella la que se ha empeñado en que te denunciemos a la policía. Yo, por mí, me habría conformado con el susto que te acabas de llevar...”